



**TEMPLO DEL TIBIDABO  
BARCELONA**

Queridos hermanos:

El Señor llamó al premio eterno, el 8 de marzo, a nuestro querido

**Don RAMON CAMBÓ TORRAS**

sacerdote salesiano

Había cumplido los 85 años y era el «decano» de la Inspectoría de Barcelona. Agradecía complacido este título familiar, porque convalidaba el título que de veras apreciaba: el de salesiano.

Don Ramón había nacido en Manresa, el 3 de enero de 1893, en el cristiano hogar de Francisco y Dolores que, antes de acabar el siglo, se trasladaron a Barcelona.

Alumno externo de los Escolapios, ingresó como interno en nuestro colegio de Sarriá en 1907. Don Ramón ponía toda su alma al ponderar, una y otra vez, la impresión que le causó aquel ambiente: la alegría, la dedicación de los salesianos, el entusiasmo con que hablaban de María Auxiliadora y de Don Bosco... «¡Aquí me quedaré!», resolvió a los pocos días aquel espabilado muchacho de 14 años. Dicho y hecho. Al año siguiente forma parte del primer grupo de aspirantes de Campello. Y, tras el noviciado que hace en Carabanchel, emite su primera profesión el año 1912.

Su trienio práctico (1913-16) lo realiza en Huesca, codo a codo con Don Rafael Mercader quien, desde Puerto Rico, nos ha enviado conmovido sus añejos recuerdos.

Vuelve de nuevo a Campello a emprender la teología, pero dura tan sólo un año la plena dedicación al estudio. Urge fundar en Villena y a cubrir el nuevo campo salen dos teólogos: Ramón Cambó y Luis Cutillas que se llevan, como director, a su profesor Don Eduardo Gutiérrez... con él podrán seguir la teología. Recuerda su antiguo compañero: «¡Cómo trabajábamos...! Teatro, música, gimnasia... Todo nos lo hacíamos nosotros: bancos, escenario, altares...» La gente quedaba boba al ver aquel puñado de activistas que hacían maravillas con los críos. Ya el primer año sonó la banda infantil y, a sus acordes, evolucionaban los gimnastas adiestrados con Don Ramón. ¡Hasta a la Plaza de Toros de Yecla llevaron su sensacional espectáculo aquellos imaginativos salesianos! De teología se hacía, lo que se podía; pero en verano un cursillo intensivo en Campello, antes de los exámenes, asentaba lo fundamental.

Para el cuarto curso de teología (1919-20) lo enviaron los superiores a Mataró con vistas a que se ambientara para ser allí consejero. En Vic fue ordenado de presbítero y la Pri-

mera Misa se festejó por todo lo alto en el colegio. Lo apadrinó el eminente político Don Francisco Cambó, su primo.

Durante siete cursos (1921-27) Don Ramón fue el consejero de Mataró. A este período se refiere Don Modesto Bellido en su atenta carta de pésame: «Traté a Don Ramón especialmente durante mis cuatro años de tirocinio. Llegamos el mismo año siete clérigos, todos nuevos y a veces, en nuestra inexperiencia, complicábamos las cosas al consejero, siempre comprensivo. Admirábamos su espíritu de sacrificio, pendiente siempre de los alumnos. Exigente en disciplina, sabía llevar muy bien a los mayores». Matemáticas, dibujo geométrico, francés y preceptiva literaria formaban el variado abanico de sus asignaturas. Una obligada suplencia le improvisó profesor de alemán. Los pocos libros que dejó al morir dan fe del nostálgico cariño que conservaba por aquellas clases. Funcionó allí aquellos años una rudimentaria emisora de radio: Don Ramón fue programador-realizador-locutor...

En 1927 vuelve a Villena y esta vez con el nada fácil cometido de suceder en la dirección a Don Recaredo de los Ríos. Testigo del relevo, el entonces clérigo Don Basilio Bustillo asegura: Logró sustituir a Don Recaredo. Aportó a la casa su tesón minucioso, su extremada delicadeza, su sensibilidad, su celo sacerdotal. Llevó a término la construcción del teatro, todo un prodigio de colaboración popular: modestas aportaciones, voluntario acarreo de materiales, larga paciencia de acreedores que acababan regalando las facturas... Pero, mientras tanto, Don Ramón montó *La Cesta*. Así se llamó al teatro provisional instalado en el salón de los Antiguos Alumnos. Un entramado de tablones sostenía las tarimas del escenario, los palcos, el graderío. Todo sin clavar un clavo en las paredes. Tenía sus puntos de ingeniero aquel director. Y era además primoroso calígrafo: con una primitiva Gestetner editaba los programas de las fiestas salesianas a cinco tintas. Bien merecía tal alarde publicitario la orquesta infantil que, sustituyendo a la banda, pasmaba a la gente en la iglesia y en... *La Cesta*.

La ventolera anticlerical del año 31 asoló nuestras casas de Levante y también la de Villena quedó un tiempo clausurada. Así Don Ramón pasó a dirigir, por tres años, la casa de Sant Vicenç dels Horts que se abría como aspirantado.

En 1934 se hizo cargo de la Prefectura de Sarriá donde le sorprendió la guerra civil. En la angustia y confusión de los primeros días sabemos que Don Ramón era el «buscado» por los milicianos, sugestionados quizá por su apellido. Los que apresaron al director Don Francisco Bandrés rastreaban a Ramón Cambó... El Señor no lo quiso mártir, a pesar de que temerariamente se introdujo en Sarriá el 28 de julio. Alertados los milicianos, organizaron una espectacular «caza del fraile». Dieron con él y sorprendentemente todo se redujo a una paliza y... lo dejaron libre. Logró pronto evadirse a la zona nacional y el curso 1937-38 lo vemos director en Pamplona y después, allí mismo, secretario del nuevo inspector Don Julián Massana. En período tan corto y azaroso proyectó, y se iniciaron las obras de la actual iglesia de María Auxiliadora.

Su gestión como secretario inspectorial, iniciada en Pamplona, se prolongó por un decenio cubriendo íntegramente los mandatos de los inspectores Don Julián Massana (1938-42) y Don Juan Alberto (1942-48). Don Ramón era al mismo tiempo, secretario, ecónomo, consiliario de Antiguos Alumnos, encargado de Cooperadores y vicepostulador de las causas de nuestros Siervos de Dios. Y, encima, obligado predicador de Ejercicios a los chicos,

a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora y, sobre todo... confesor. Este era su gozo: el ministerio sacerdotal. Es uno de los pocos salesianos que ha superado con éxito la prueba suprema de mantener, durante años, el interés de los niños y muchachos de Sarriá en el sermón de las tardes del domingo. Pero, junto a este gozo, la cruz de la economía: la preocupación del pan de cada día para las casas de formación de los años 40. Sólo Dios sabe sus apuros. Nosotros hemos sabido que, en los días más negros, Don Ramón encontró en su santa madre una generosidad tan efectiva como discreta.

Su gozo era el ministerio sacerdotal. Por eso, al proyectarse la Parroquia de San Juan Bosco, Don Ramón fue *liberado* para iniciarla. Durante 14 años (1951-65) se prodigó como pastor de aquella barriada barcelonesa. Su trato delicado, su tenacidad a toda prueba fue creando comunidad y consiguiendo primero una capilla y locales provisionales. La provisionalidad duró los 14 años, pero, tras infinitas gestiones, dilaciones y paciencia, vio cómo se levantaba la Escuela San Juan Bosco de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad en cuyos bajos la parroquia hallaría el necesario desahogo.

A la hora de emprender la nueva etapa Don Ramón ya tenía 72 años y, no sin pena, dejó su querida parroquia de San Juan Bosco y subió al Tibidabo donde ha consumado su carrera. Han sido sus últimos trece años. Al principio se dedicó al ministerio de la penitencia y la pastoral prematrimonial que cuidaba con meticulosa exactitud y su peculiarísima delicadeza de trato. En los últimos años centró su celo en el confesionario. Siempre a punto, siempre solícito. No conocía la rutina: ponía el corazón y su emocionada elocuencia en cada exhortación.

Tuvo aquí el consuelo de festejar solemnemente sus bodas de Oro sacerdotales rodeado del afecto de sus familiares, salesianos y amigos, y enternecido por el cariño de sus pequeños penitentes, los niños de la Escolanía, «minetes dels meus ulls!».

La frágil figura, la cansada lentitud de sus ademanes, la cuidada expresión de su decir, rodeaban a Don Ramón un halo de venerabilidad, superior a sus años. Siempre le habíamos tenido por muy mayor. Por eso impresionaba más la firmeza con que resistía el paso de los años y como se reponía de sus esporádicas indisposiciones, sin preocuparse gran cosa de médicos y medicinas. Pero el pasado noviembre una complicación circulatoria y renal hizo necesaria la enérgica intervención del médico y tuvo que aceptar los cuidados solícitos del enfermero: su estado era preocupante. Con serena entereza se dispuso para todo. En torno a su lecho toda la comunidad concelebró la Eucaristía en la que recibió con verdadero gozo espiritual la Unción de los enfermos. Fue una hermosa celebración cristiana y una gran lección para todos.

Contra todo pronóstico se recuperó en pocas semanas y para las Navidades a todos nos contagió un poco su optimismo. Tenía la ilusionada convicción de que llegaría a las Bodas de Diamante: total faltaban poco más de dos años y su difunta madre había llegado a cumplir los 101 años. Venciendo nuestra resistencia, llegó a seguir vida casi normal. Celebraba en privado, pero no había quien le hiciese desertar de su confesionario. Así hasta tres días antes de su muerte: se sintió mal y todo intento para remontar la nueva crisis fue inútil. De nuevo se le administró el óleo de los enfermos y serenamente entregó a Dios su espíritu. Era el ocho de marzo.

Al día siguiente el funeral congregó en el Tibidabo a los familiares presididos por

Don Jesús, único hermano superviviente, quien le había acompañado la víspera en la agonía, a salesianos de todas las casas cercanas, Hijas de María Auxiliadora, feligreses del Tibidabo y de la parroquia de San Juan Bosco. Presidió la concelebración el P. Inspector Don Alfredo Roca quien, con referencias cálidamente personales, evocó la vida del querido difunto subrayando como rasgo característico de tan larga vida, la fidelidad a Dios. Y concretó esta fidelidad en tres aspectos que queremos reproducir:

«Fidelidad a la oración. Mosén Ramón era un hombre de oración, un hombre convencido de que la fuerza para vivir no nace de nosotros mismos, viene de Dios...

Fidelidad a su ministerio. Siempre y en todo sacerdote. Siempre dispuesto a escuchar, a consolar, a guiar, a animar, a perdonar. Era su misión. Acercar Dios a los hombres y los hombres a Dios. Lo hizo hasta el final, hasta que lo sostuvieron las fuerzas.

Fidelidad a la Iglesia y a la Congregación que él amaba con pasión. Sufría por la desorientación de estos años, pero encontraba en las disposiciones de la Iglesia y de la Congregación el camino seguro para seguir adelante con fidelidad. Fidelidad que pasaba por la mediación de los superiores. Fue de gran edificación para todos los hermanos de la comunidad oírle, cuando le comunicaron, estando en cama, la elección del nuevo Rector Mayor: «Desde este momento tiene todo mi aprecio y toda mi obediencia. Para mí, desde ahora, Don Viganó es Don Bosco».

La reseña de la vida de Don Ramón creemos que documenta suficientemente esta valiosa síntesis de triple fidelidad.

Para terminar queremos agradecer a cuantos hermanos y amigos se interesaron por Don Ramón en su enfermedad y nos han acompañado en la oración por su eterno descanso. Singularmente a Mons. Ramón Daumal, obispo auxiliar de Barcelona, que confortó con sus afectuosas visitas al enfermo. No pudo asistir al funeral, pero nos envió una preciosa carta.

Queridos hermanos, os saludamos y os pedimos sigáis recordando en vuestra oración al querido Don Ramón Cambó. El Señor nos conceda a todos su entrega y fidelidad y alegre nuestras comunidades con nuevas vocaciones.

LA COMUNIDAD DEL TIBIDABO

Barcelona, 30 de abril 1978